

LA VIDA EN UNA BALA

Macarena Martín- Lunas Cruz
Categoría E

Frente a mí se extendía un campo en su más pleno color verde, que esperaba para ser cubierto por el intenso y oscuro tono rojo de la sangre humana. Llevaba años defendiendo el frente de mi amado país, Reino Unido, que abusaba de mi amor para batallar contra los ejércitos de la Triple Alianza. Era un 10 de marzo de 1916, un día más dentro de esta pesadilla llamada guerra. Un día más sin oír el llanto agudo de mi hijo, que era lo que me llenaba de fuerza para sobrevivir, para actuar como asesino en las tropas de mi país. Dos años eran los que llevaba sin acariciar su suave tez y sin agarrar su pequeña manita. Había dejado a mi esposa a su cargo, en una época de hambruna en la que el país estaba inundado de tristeza y desgracia. No sabía qué me deparaba el futuro. Yo solo era un peón más, expectante al aviso de ataque de el general. Me era incierto si iba a sobrevivir a esa batalla o si mi cuerpo iba a descansar junto a miles de mis compañeros en esa explanada, habiendo fracasado en mi única tarea y la más importante: volver a casa. La metralleta estaba colocada en el ángulo perfecto, apoyado sobre mi rodilla y con el codo elevado para disparar mejor. Repentinamente el general tocó un silbato, indicando que era el momento de empezar a disparar al bando contrario, de matar a hombres que seguramente se encontraban en la misma situación que yo. Apreté el gatillo con el corazón en un puño, sin saber cual sería su recorrido. Y entonces se disparó la maldita. Una bala que empezaba con el arrepentimiento del que la disparaba, y acababa con los sueños del que la recibía. Y esto mismo me podía pasar a mí, aunque yo ya tenía mis sueños realizados. Noté que a mi alrededor iban cayendo hombres de una manera que hacía que se te pusiera la carne de gallina. La guerra era un juego y el que lo ganaba conseguía su propia vida. Fueron varias horas las que duró este combate en el que, de nuevo, había burlado a la muerte, dejando un campo lleno de cadáveres con el mismo uniforme que yo atrás. Todo lo que me rodeaba era muerte, pero la esperanza de volver era el rayo de vida que se colaba entre la tristeza, especialmente presente después de las batallas. Vivíamos en unas condiciones míseras. Nuestra cama era el frío suelo del norte de Francia, y nuestra comida era lo que los civiles de mi país cedían al ejército, no gran cosa ya que la situación era un poco violenta. Pasábamos días a pocos kilómetros del otro bando, esperando para atacarlo y así poder llegar a Alemania y acabar de una vez con este infierno. Eran esos días en los que aprovechábamos para tratar con los otros soldados. Durante mi estancia en este campamento, hice una amistad enorme con un escocés de pelo cobrizo y con arrugas que marcaban su conocimiento de la vida, cuyo nombre era Kendrick. En los momentos de bajón, que solían ser el 99% del tiempo, nos hacíamos reír mutuamente, recordándonos que la vida seguía ahí fuera, y que había que luchar por ella de cualquier manera. Su situación era similar a la mía. Tenía tres hijos mayores de diez años, aunque su mujer había muerto de una enfermedad poco común. Hablábamos de lo maravilloso que era ser padre y tener una causa por la que todo esto de la guerra tenía sentido considerando la situación. Me repetía todos los días la misma frase, intentando convencerse a sí mismo también: “Hoy es el último día de sufrimiento Edward, mañana estaremos en casa”. No pensaba en cada día como su posible último día de vida, sino como su último día de tristeza y anhelo. Ese día me desperté con la noticia de que había llegado el correo, que traía las cartas de nuestras familias. Esto tenía lugar una vez al mes, y era el día más feliz para los soldados, apartándoles un poco de la rutina. Un mensajero iba diciendo el destinatario de las cartas, y yo no sabía si iba a pronunciar el mío. Tras un buen rato lo dijo, y me levanté para recoger la carta en la que estaba escrito mi nombre. Me fui a un rincón para apartarme del ruido y leerla tan profundamente como si estuviera mi mujer frente a mis ojos:

Querido Edward;

Cada día que pasa sé que queda menos tiempo para verte y estar contigo. Lo que estás haciendo por tu país solo demuestra más aún lo maravillosa persona que eres, y el amor que tienes hacia las cosas. Ayer nuestro hijo Matthew dijo sus primeras palabras, y pronunció tu nombre. Él sabe que su papá no está en casa, pero también sabe que es la persona que más le quiere en el mundo. Sabe que luchas por protegerle y por volver para estar con él cada segundo de tu tiempo. Sé que ya no queda nada para tenerte en mis brazos y poder decirte que te echaba de menos, que nunca me he sentido tan sola pero a la vez tan apoyada. Quiero que sepas que te quiero y que estoy ahí a tu lado cada minuto que pasa. Nos vemos en casa.

Rose

No pude evitar romper a llorar como un niño tras leer esta carta. Mi hijo se acordaba de mí y sentía que él podía notar el inmenso amor que le tenía, más fuerte que cualquier guerra y que cualquier tratado.

Tras un rato de emociones mezcladas, volví con el resto de la tropa, rezando por que no tuviera los ojos colorados. Todos estaban sonrientes y rebosantes de alegría, haciendo oídos sordos a la guerra. Las cartas eran nuestra única manera física de comunicarnos con nuestros seres queridos. La parte complicada eran las cartas cuyo destinatario ya no estaba con nosotros, y que tenían de vuelta un telegrama amarillo anunciando oficialmente la muerte del correspondiente soldado. Yo prefería no tratar mucho con la gente, ya que si caían en combate eran una pena más añadida a la lista. Aunque con Kendrick hice una excepción: nos prometimos que nos íbamos a proteger el uno al otro, y que pondríamos nuestra vida para resguardar a nuestras familias.

Los días pasaban en el campamento, acumulándose en meses. Yo tenía un calendario dibujado en la arena junto a mi cama, en el que iba tachando los días según transcurrían. La rutina era la misma compulsivamente. Cuando nos despertábamos, hacíamos guardia según el turno que tuviéramos, luego comíamos y durante el resto del tiempo realizábamos distintas tareas tales como: cocinar, entrenar, limpiar... Solamente teníamos media hora de tiempo libre, que yo dedicaba a escribir poesía. Escribía sobre mis miedos, sobre la soledad, la esperanza... Me ayudaba a calcar mis sentimientos. Cuando había terminado un poema, que solía escribir en estructura de Romance o Soneto, los quemaba en la hoguera del campamento. Era como quemar todo lo que me hacía daño que era como tener una espina clavada. Los que estaban dedicados a mi familia los guardaba en mi cama, con una nota por si acaso me ocurría algo. Escribí un poema para mi mujer, en el que le decía todo lo que nunca le había dicho por simple cobardía, palabra que no existe en mi vocabulario desde el día 28 de julio de 1914, día en el que empezó la Guerra Mundial, la maldita que hizo que me tuviera que separar de todo lo que me daba sentido como persona, todo lo que me hacía sentir realizado.

Otro poema estaba dirigido a mi pequeño Louis. Le enseñaba las pequeñas cosas de la vida que hacen que sea única e irrepetible, y le decía lo mucho que valía si luchaba por sus sueños y sus opiniones siempre que no hicieran daño a los demás.

Esperaba que esos poemas nunca los recibieran junto al telegrama amarillo, sino que fuera yo el que se los diera en mano un día. Cada minuto invertido en ellos merecía la pena, pues eran el resumen de una vida.

Tras meses y meses de espera, el general dio el aviso de un ataque al amanecer, que decía ser el ataque decisivo. Esta noticia hizo que se me encogieran todas mis entrañas, haciendo explotar una mezcla de felicidad y miedo, ese sentimiento que siempre esta presente hasta en los momentos más felices de tu vida si no luchas contra él. Esa noche no dormí nada. Estaba más nervioso por el hecho de ver a mi familia que por la batalla

de la mañana siguiente. Y el hecho de tener que empuñar mi metralleta de nuevo para matar era lo peor de cada combate. Otra bala que iría con camino incierto y que posiblemente dejaría a una familia sin su padre, pero no sin su amor.

Con las primeras luces de la mañana nos despertamos y fuimos a ponernos los uniformes y a coger las armas. Los tanques empezaron a movilizarse y los aviones tomaron vuelo, era el momento. Me coloqué al lado de Kendrick en el frente, y repetí su frase: “Hoy es el último día de sufrimiento, mañana estaremos en casa”. Coloqué de nuevo mi escopeta y pensé para mis adentros: “ Esta es la bala decisiva Edward”. Sonó el silbato y un vaivén de balas comenzó a mi alrededor. Apreté el gatillo por última vez. Repentinamente, el bando contrario empezó a lanzar granadas, y los hombres de mi alrededor empezaron a caer. Miré de reojo a Kendrick confirmando que todo estaba bien. Vi una granada volar desde el otro lado, e iba dirigida a mi amigo. Ese momento fue el más lento de mi vida. Él era un padre soltero que era el único apoyo de sus hijos, y yo tenía una familia que había aprendido a vivir con el recuerdo de mi amor. Me tiré hacia la granada empujando a Kendrick hacia un lado. Me explotó en el pecho, haciendo que me sangrara hasta el último centímetro del cuerpo. No había sido una bala, pero había salvado al que la había lanzado, y no había destruido ningún sueño porque los míos estaban cumplidos. Era hora de dejar a otros soñar. Kendrick me cogió entre sus brazos y me miró. Le dirigí mis últimas palabras: “Dile a Rose y a Louis que nos vemos en casa”. Allí se apagó mi cuerpo pero no mi alma. Esa granada solo fue una representación de lo que hice, dar mi vida para cumplir sueños. Porque la vida consistía en sueños, desde el más loco hasta el más sincero. Sueños que yo ya había cumplido.